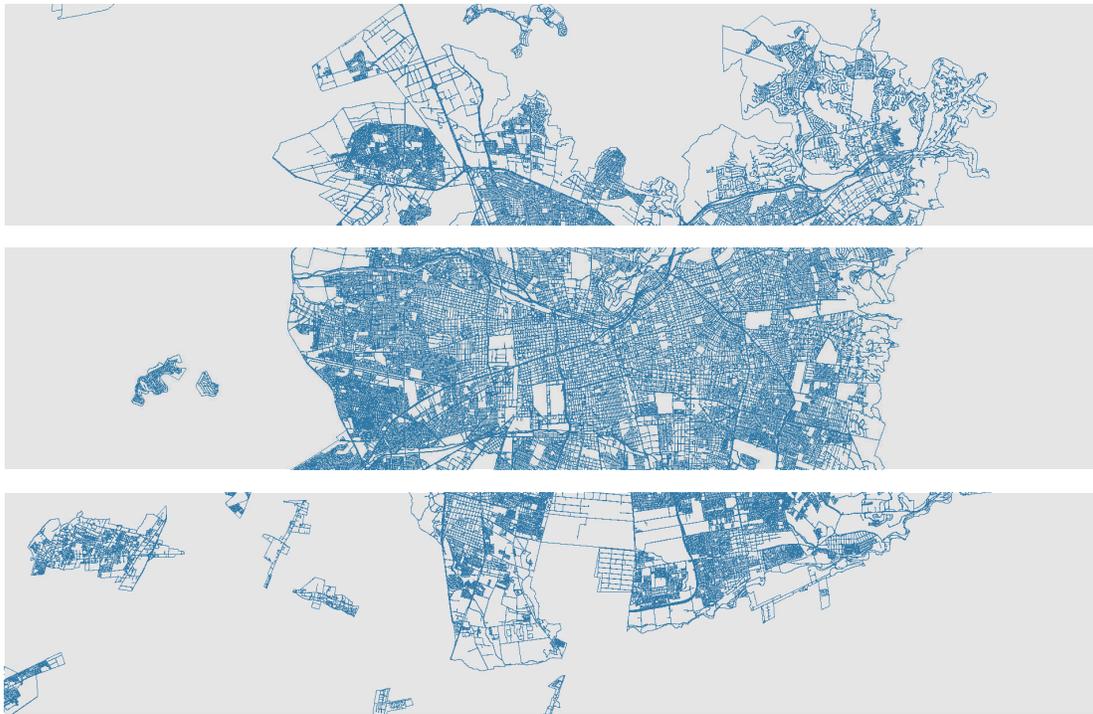


ENCRUCIJADA ANTE LOS IMPACTOS CRÍTICOS DE UN CRECIMIENTO URBANO FINANCIARIZADO



AUTOR

Carlos A. de Mattos



INSTITUTO DE ESTUDIOS URBANOS
Y TERRITORIALES

FACULTAD DE ARQUITECTURA, DISEÑO Y ESTUDIOS URBANOS

ISSN: 0719-5206

La serie **Documentos de Trabajo del IEUT**, ha sido pensada como un espacio de colaboración e intercambio orientado a difundir conocimiento teórico-empírico relacionado a temáticas de la ciudad, los territorios y la planificación urbana. El principal objetivo de esta serie es diseminar perspectivas teóricas, metodologías y/o resultados asociados a investigaciones relevantes tanto para el desarrollo académico como para la toma de decisión públicas.

El/Los autor/es es/son responsable/s por el contenido del texto y los documentos no se encuentran sometidos a revisión por pares.

AUTOR

Carlos A. de Mattos

Profesor Titular adjunto del Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales UC. Arquitecto, Universidad de la República, Uruguay, 1963. Postgrado en Desarrollo Económico y Planificación, Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES, ONU), Santiago de Chile, 1965.

COMO CITAR ESTE ARTÍCULO:

De Mattos, Carlos A. (2018). *Encrucijada ante los impactos críticos de un crecimiento urbano financiarizado*. Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales UC, Documentos de Trabajo del IEUT, N° 4.

Este trabajo fue elaborado tomando como base un artículo publicado anteriormente (de Mattos, 2017), al que aquí se agregan diversos aspectos no considerados en la versión de referencia y se precisan amplían algunos puntos poco desarrollados en ella.

OCASO DEL RÉGIMEN FORDISTA, NUEVO ENCUADRAMIENTO ESTRUCTURAL Y REVOLUCIÓN URBANA

La crisis estructural que afectó al régimen de acumulación fordista que había logrado su apogeo durante las tres décadas posteriores a la segunda posguerra mundial, tuvo un significativo impacto en la transformación de la geografía urbana mundial, así como también en la de cada uno de los espacios urbanos que, en diversas partes del mundo, pasaron a formar parte de esa geografía. Este proceso tendió a generalizarse desde que las actividades productivas y financieras localizadas en esos espacios urbanos fueron logrando establecer y profundizar su articulación a la dinámica económica posfordista.

Frente a esta situación, este trabajo tiene el propósito, por una parte, de analizar y plantear la discusión sobre las causas, el alcance y las consecuencias de esa transformación y, por otra, de identificar y evaluar sus principales impactos críticos en los espacios urbanos emergentes. Para este análisis consideraremos, como sustento teórico básico, algunos de los aportes fundamentales de Henri Lefebvre quien, en diversos libros y artículos publicados desde fines de la década de los años sesenta hasta mediados de la de los setenta del siglo pasado, desarrolló y fundamentó un marco teórico-analítico integral sobre las transformaciones urbanas que entonces habían comenzado a observarse en diversas partes del mundo. En esta dirección, en lo esencial, Lefebvre propuso una explicación sobre las razones por las que la ralentización del crecimiento del sector industrial incidió en la gestación de una revolución urbana que transformó radicalmente al tipo de ciudad que se había llegado a su culminación bajo los efectos de la industrialización.

En esta dirección, Lefebvre sostuvo que esta revolución urbana se puede entender como un proceso por el que *“la concentración de la población se realiza al mismo tiempo que la de los medios de producción”*, impulsando una dinámica en la que *“el tejido urbano prolifera, se extiende, consumiendo los residuos de vida agraria”* (1970, p. 10); y, a este respecto, agrega una precisión de crucial importancia: *“por tejido urbano no se entiende, de manera estrecha, la parte construida de las ciudades, sino el conjunto de manifestaciones del predominio de la ciudad sobre el campo”*. Al precisar de esta manera el alcance del concepto de tejido urbano, Lefebvre introdujo una nueva visión sobre las particularidades que lo urbano adquirió bajo una dinámica posfordista, estableciendo diferencias substantivas con la forma en que era entendido en fases anteriores de la historia de la ciudad. Así, esta percepción de un tejido urbano que no se restringe a la parte construida de las ciudades, se va a ubicar desde entonces como un rasgo medular de una revolución urbana que va a producir la transición de lo que hasta ese momento se entendía como “ciudad”, hacia lo urbano generalizado.

Puede, por tanto, afirmarse que fueron los radicales cambios que afectaron al régimen de acumulación capitalista a partir de la revolución industrial, los que generaron un nuevo encuadramiento estructural que condicionó y acotó el despliegue de una dinámica económica, social y territorial en la que se desarrollaron los procesos que caracterizan a esta revolución urbana y, por consiguiente, al derrame espacial del tejido urbano, junto a la consecuente “extinción de los residuos de vida agraria”.

Con la afirmación de esta dinámica, las principales aglomeraciones urbanas heredadas de la fase fordista comenzaron a ser objeto de sucesivas ondas de desestructuración/reestructuración, por las que se establecieron las condiciones para un continuo desborde del tejido urbano, llevando a que la entidad que hasta entonces había sido identificada como “ciudad” tendiese a ir perdiendo su especificidad, para dar paso a la sociedad urbana (Lefebvre, 1970). Numerosas investigaciones realizadas con el propósito de identificar y analizar las causas de estas transformaciones muestran una amplia coincidencia en cuanto a que ellas se produjeron a raíz del impacto combinado de la aplicación de las reformas y las políticas del “ajuste” estructural neoliberal aunada a la generalizada difusión y adopción de las nuevas tecnologías de la información y las comunicaciones (TIC). Fue bajo esta dinámica que se establecieron las condiciones requeridas para impulsar la expansión geográfica y la profundización del proceso de globalización financiarizada de la economía mundial, en un proceso en el que paulatinamente se fue imponiendo una nueva configuración capitalista a escala planetaria (Michalet, 2004); la cual pasó a constituirse en el nuevo encuadramiento estructural en el que produjeron las principales mutaciones urbanas a las que se ocupa este trabajo.

Si consideramos que, como afirma Lefebvre (1974), *“el espacio (social) es un producto (social)”*, lo que implica que cada sociedad (vale decir, cada modo de producción, con las diversidades que engloba) produce su espacio y, en particular, su espacio urbano (pp. 39-40), podemos afirmar que las mutaciones que analizaremos son un producto del tipo de sociedad que cristalizó en este nuevo encuadramiento estructural posfordista. Importa tener presente que a lo largo de esos procesos la naturaleza “no es más que la *materia prima* sobre la que operan las fuerzas productivas de sociedades diversas para producir su espacio” (p. 39-40). Porque, como afirma Lefebvre (1968) “la ciudad se transforma no sólo en razón de ‘procesos globales’ relativamente continuos (tales como el crecimiento de la producción material en el curso de las épocas con sus consecuencias en los intercambios, o el desarrollo de la racionalidad) sino en función de modificaciones profundas en el modo de producción, en las relaciones ‘ciudad-campo’, en las relaciones de clase y de propiedad” (p. 59).

Desde esta perspectiva, se observa que, en el ámbito del nuevo encuadramiento estructural que se ha ido imponiendo a escala global, se intensificó el derrame territorial del tejido urbano, principalmente a partir de las mayores y más importantes aglomeraciones urbanas pre-existentes. En particular, este desborde del tejido urbano, –que comenzó a tomar impulso con la formación y crecimiento de la ciudad industrial y con la progresiva desaparición de los modos históricos de vida social rural–, logró

su expresión más vigorosa en aquellos lugares en los que los procesos de industrialización alcanzaron su mayor desarrollo en fases anteriores a la crisis fordista. Y fue, desde esos lugares desde donde tendió a difundirse bajo la dinámica de la globalización hacia otras partes del planeta, en las que se comenzaban a sentar las bases para su progresiva financiarización y modernización posfordista.

NUEVA CONFIGURACIÓN CAPITALISTA, HACIA UNA ECONOMÍA POSFORDISTA

Como ya habían propuesto Wallerstein (1974) y Braudel (1985) en sus investigaciones sobre los orígenes y la evolución del capitalismo, aquello a lo que ahora aludimos con la palabra “globalización”, hace referencia a una tendencia considerada como constitutiva del capitalismo y que, como tal, estuvo presente a todo lo largo de su historia. En este sentido, tanto Wallerstein como Braudel, sostienen que siempre, como condición necesaria para asegurar su supervivencia y reproducción, el capitalismo requirió de un ámbito económico externo a aquel en el que se había originado; en particular, Braudel sostiene que el capitalismo “no hubiera crecido con semejante fuerza en un espacio económico limitado. Y quizás no hubiese crecido en absoluto de no haber recurrido al trabajo ancilar de otros” (1985, p. 106). Lo que implica que, desde esta perspectiva, el capitalismo siempre ha sido “economía mundo”, aun cuando en cada una de sus fases su dimensión geográfica y sus especificidades hayan presentado significativas diferencias.

En consecuencia, la *globalización*, tal como se manifiesta actualmente, puede considerarse como la lógica y previsible culminación del proceso de producción social de espacio por el que se logró impulsar la paulatina ocupación económica, política y social del planeta. De esta manera se aseguró la reproducción y supervivencia de la sociedad capitalista como tal; en palabras de Lefebvre (1972a) fue así que “el capitalismo ha podido atenuar [...] sus contradicciones internas y en consecuencia ha logrado el ‘crecimiento’ [...]. ¿Por qué medios? [...] ocupando el espacio, produciendo un espacio” (p. 15). Con lo cual se logró establecer e intensificar la articulación estructural entre las economías centrales y las de los países de la periferia capitalista.

Fue a lo largo de este proceso de producción social del espacio que “la clase que ostenta la hegemonía” fue estableciendo los arreglos institucionales necesarios para articular los principales componentes de la economía capitalista a escala global, motivada por la creencia de que “todo es válido para legitimar, para entronizar, un orden general, que corresponde a la lógica de la mercancía, a su “mundo”, realizado a escala verdaderamente mundial por el capitalismo y por la burguesía” (Lefebvre 1970, p. 49). Con esta motivación, la clase dominante promovió los arreglos que consideró como condición necesaria para poder maximizar el *crecimiento económico* que, a lo largo de esa evolución se situó como un imperativo ineludible de la gestión gubernamental capitalista (Altvater, 2011, p. 141). Imperativo este

que alcanzó su apogeo durante las últimas décadas del siglo pasado, cuando un número creciente de gobiernos nacionales se adscribió a los principios y criterios del discurso neoliberal.

En consecuencia, es lógico inferir que fue la propia dinámica del proceso de formación y reproducción de las relaciones capitalistas de producción la que sustentó tendencia a la expansión geográfica que habría de culminar con la casi total articulación de los componentes de la economía mundial a la dinámica de la globalización. Esto es, en tanto el proceso de producción social del espacio capitalista logró proyectarse a escala planetaria, con ello logró establecer y consolidar un *espacio global de valorización del capital*, que permitió asegurar hasta ahora la continuidad del proceso de acumulación del capital. En ese contexto, la dinámica que se fue desplegando y profundizando, impulsada por los intereses y las demandas de las fuerzas sociales dominantes, evolucionó desde una economía sustentada en el dinamismo de la industria y la generalización del consumo, hacia otra en la que la crisis de la “economía real”, condujo a establecimiento de condiciones que llevaron a una progresiva financiarización de la economía mundial. En esa trayectoria, el desarrollo capitalista transitó por diversas crisis y mutaciones que tuvieron un sustantivo impacto en el proceso de producción de espacio y en la conformación de una nueva geografía urbana mundial, así como en una metamorfosis de los principales espacios urbanos heredados de la fase anterior.

En particular, con el avance del régimen fordista, que se desplegó básicamente bajo el impulso de la economía norteamericana durante la posguerra, se produjo un sostenido aumento de una diversificada cantidad de corporaciones transnacionales (CTN), en torno a cuya organización y expansión se estructuró el proceso de globalización, cuyo avance y fortalecimiento influyó en que desde entonces comenzase a menguar el poder económico y político del Estado nación, cuando menos en lo que concierne al manejo de la dinámica económica globalizada. La organización en redes y la deslocalización y distribución a escala internacional de las filiales de las más poderosas CTN influyó en forma decisiva en el avance de esta dinámica, imponiendo una sustantiva reestructuración de la organización de la economía mundial, lo que acarrió un fuerte impacto en la geografía urbana global. Por otra parte, esto también se tradujo en que las inversiones directas en el extranjero (IDE) pasasen a ocupar un lugar dominante en la dinámica económica emergente y en el aumento de la importancia del comercio mundial inter-empresas, en detrimento del comercio inter-estatal.

Con la evolución de esta configuración desde fines de la década de los años sesenta, la economía sustentada en la gran industria fordista comenzó a mostrar síntomas inequívocos de agotamiento, lo que llevó a que desde entonces algunos de los gobiernos de los países más poderosos e influyentes de la economía mundial se adscribiesen al discurso que preconizaba la necesidad de un “ajuste” estructural, postulado como camino idóneo para superar la crisis del régimen anterior. La realización de las reformas prescriptas en la receta preconizada por el discurso teórico-ideológico neoliberal, estuvieron en la raíz de la transición desde el régimen de acumulación fordista al conducido por las finanzas.

Esta dinámica, que implicó tanto a los componentes financieros como no financieros de las economías involucradas, pasó a desarrollarse en torno a las diferentes plazas financieras articuladas en redes mundiales (Michalet, 2003). Desde entonces, el régimen de acumulación financiarizado (Chesnais, 2003), que Michalet alude como “configuración financiera” (2007, p. 77), no ha cesado de expandirse por el mundo entero. Así se ha impuesto una dinámica en la que, al mismo tiempo en que se produjo una progresiva desindustrialización de la economía mundial, las exportaciones pasaron a ser el principal soporte para el crecimiento de muchos países de la periferia capitalista; estos países, entre los que se encuentra la mayor parte de los latinoamericanos, se vieron obligados a reprimarizar su base exportadora, donde el extractivismo pasó a ubicarse como el núcleo básico de las respectivas economías nacionales.

Al mismo tiempo, con el soporte de las innovaciones generadas por lo que se considera como la cuarta revolución industrial (Schwab, 2016) y su crucial incidencia en los mercados de trabajo, comenzó a perfilarse una nueva configuración capitalista, la que ha recibido distintas caracterizaciones y denominaciones, tales como *new economy* (Kelly, 1998), capitalismo cognitivo (Fumagalli, 2010), economía intangible (Haskel y Westlake, 2017), economía incorpórea (M. Wolf, 2017), entre otras. Aun cuando el alcance de este régimen de acumulación posfordista, todavía en proceso de estructuración, sigue siendo objeto de discusión, lo que parece estar fuera de esta discusión es que la crisis global ha continuado profundizándose y que no existe ninguna propuesta convincente para controlarla.

CONFIGURACIÓN FINANCIERA, ESPACIO GLOBAL DE VALORIZACIÓN DEL CAPITAL

Cuando la profundización de la crisis del régimen fordista —que se procesó al mismo tiempo en que el socialismo real entró en su fase de declinación final— llevó a la búsqueda de un camino alternativo para recuperar el crecimiento económico, tanto en el plano teórico-académico como en el político, la única alternativa considerada como política y económicamente viable de la que entonces se pudo disponer, fue la que postulaba la necesidad de realizar un ajuste estructural concebido conforme a los postulados del discurso teórico-ideológico neoliberal. En torno a esta alternativa que en lo medular, desde el punto de vista de la política económica, implicaba priorizar el rol del mercado vis-à-vis el del Estado mediante la liberalización y desregulación económica, se formó un amplio consenso en cuanto a que era el camino idóneo para reactivar la dinámica de acumulación.

Con la implementación de preceptos de esta propuesta, —que tuvo sus hitos fundacionales en las reformas realizadas por los gobiernos de Thatcher (1979-1990) en el Reino Unido y de Reagan (1981-1989) en Estados Unidos—, se establecieron las condiciones para la emergencia de una nueva fase de financiarización como configuración capitalista dominante; en ella, las decisiones de inversión y

acumulación pasaron a regirse por los criterios de una gobernanza empresarialista (Harvey, 1989), con la que se buscó imponer en forma compulsiva la rentabilidad y la liquidez de las inversiones como objetivo ineludible de la gestión pública. En lo fundamental, lo que se logró con las reformas realizadas por los gobiernos de las naciones que comandaban la articulación y la dinámica global de la “economía-mundo” capitalista, fue iniciar la transición desde una dinámica económica estructurada en torno al sector industrial hacia otra en que ese papel pasó a ser cumplido por el sector financiero. Lo cual, como contrapartida, significó que, con la consolidación de la financiarización y la revitalización de la mercantilización de la vida económica y social, también se impuso la pérdida de prioridad política de los objetivos sociales y ambientales en la gestión pública.

Ante el avance de este proceso, –habida cuenta del fracaso de los intentos realizados por parte de algunos gobiernos nacionales por encontrar caminos alternativos que permitiesen reactivar al modelo keynesiano-fordista–, en la mayor parte del mundo se optó, total o parcialmente, por este derrotero. Así, desde entonces las principales dinámicas del circuito global pasaron a moverse principalmente bajo el imperio de la lógica financiera. La modalidad de funcionamiento emergente, que así tendió a ampliar su presencia en todos los niveles, desde el de las grandes operaciones macroeconómicas que marcan la expansión de la dinámica empresarial en su nivel superior, hasta el de la vida cotidiana de los individuos que forman parte de cada una de las comunidades afectadas, en sus diversas escalas (local, regional, urbana, nacional, etc.), contribuyó a imponer en forma generalizada los comportamientos que impulsan la dinámica económica de una sociedad de consumo.

A lo largo de la trayectoria que entonces se inició, se fueron estableciendo las condiciones consideradas como necesarias para intensificar la articulación de los actores y componentes básicos de la organización capitalista bajo el imperio de una lógica financiera general. Para ello, fueron concebidas y aplicadas diversas y variadas innovaciones y arreglos institucionales, que se constituyeron en el referente básico para el despliegue e imposición de esta lógica hacia otras partes del mundo. Entre estas innovaciones y arreglos, impulsados tanto por los gobiernos nacionales como por diversos actores privados protagonistas de la dinámica de la financiarización, cabe destacar:

- i. el crecimiento y la expansión global, con múltiples especificidades locales, de los mercados financieros (de acciones, de bonos, de derivados, etc.) que, merced a la utilización intensiva de las nuevas tecnologías de la información y las comunicaciones, lograron una efectiva interconexión planetaria; de esta manera, las bolsas de valores se ubicaron como el actor central en la regulación y estructuración de la dinámica económica mundial;
- ii. la reestructuración y liberalización de un sistema bancario crecientemente oligopolizado (Morin, 2015), a cargo de la recolección y la colocación de activos financieros tanto empresariales como familiares y de las operaciones relacionadas con el crédito y con la generación de capital ficticio;

- iii. la incorporación de una interminable variedad de nuevos productos financieros (swaps, derivados, etc.) y de mecanismos e instrumentos financieros a escala global, entre los cuales la “securitización” (titulización) permitió la transformación de activos reales e inmóviles (inmuebles, infraestructuras) en activos financieros (líquidos y móviles) negociables en los mercados financieros;
- iv. introducción de nuevos tipos de inversores institucionales (fondos de pensiones, fondos de inversión, compañías de seguros, fondos mutuos, *family offices*, *crowdfundings*, etc.), aptos para el manejo de diversos mecanismos de capitalización individual, así como de la cosecha y siembra de capitales a escala nacional y global;
- v. establecimiento de diversos tipos de paraísos fiscales, idóneos para el cumplimiento de actividades relacionadas con la recolección y el redireccionamiento de los capitales, incluidos los procedentes del crimen organizado, que han cobrado creciente importancia bajo la financiarización (Chavagneux y Palan, (2006); y
- vi. generación de un sistema bancario en la sombra (*shadow banking system*), compuesto por un conjunto de entidades financieras (incluyendo “hedge funds”, fondos de mercados de capitales, vehículos de inversión estructurados, etc.), capaces de promover operaciones financieras que se realizan fuera del alcance de las entidades nacionales e internacionales de regulación.

El despliegue geográfico de esta compleja, diversificada y cambiante arquitectura institucional, contribuyó a establecer las condiciones requeridas para la afirmación de la lógica financiera en un cada día más amplio y enmarañado escenario político, económico y social. Así se generalizó su propagación a escala global, en virtud de que, como afirma Marazzi (2009), “la economía financiera es hoy invasiva, se expande a lo largo de todo el ciclo económico. Lo acompaña, por así decir, desde el inicio hasta el final. [...]” (p. 30). Fue bajo la fuerza de esta dinámica invasiva que, al ir logrando incorporar al ámbito regido por lógica financiera a nuevas partes de ese ámbito geográfico ampliado, se conformó un *espacio global financiarizado de valorización del capital* que, desde entonces, pugna por alcanzar cobertura planetaria. De esto dan cuenta numerosos estudios como, entre otros, el del World Economic Forum (2012) que consigna los resultados de una evaluación sobre el avance de la financiarización en el mundo, el cual hacia el año 2012 incluía a 62 países, entre los cuales 8 latinoamericanos.

Bajo esta nueva dinámica, un número cada día mayor de actividades que forman parte de la vida cotidiana en diversos lugares del mundo, —muchas de las cuales en el pasado habían operado fuera del ámbito mercantil—, terminaron por ser sometidas a las exigencias de la lógica de la financiarización. Frente a ello, puede concluirse que fue con la ampliación y consolidación del espacio mundial de

acumulación financiarizado que se estableció el nuevo encuadramiento estructural en el que se perfiló la nueva geografía de la urbanización y la metamorfosis de sus componentes.

Esto aparece como resultado de un proceso, en el que no obstante la presencia de diversas contradicciones inherentes a la dinámica financiera dominante, hasta ahora ha continuado su avance sin que se le hayan interpuesto caminos alternativos capaces de suscitar consenso político a nivel internacional; vale decir, como señalan Lohoff y Trenkle (2014), “desde entonces, la transformación radical del mundo en un espacio de valorización transnacional no encontró prácticamente más límites” (p. 69). En definitiva, el resultado fue, como anota Chesnais (2003), que “a partir de mediados de los 80 el capital financiero ha adquirido una trascendencia que le permite influir significativamente en el nivel y la orientación de las inversiones, así como en la estructura y la distribución de la renta” (p. 38). Y, en este contexto, se produjo un vertiginoso aumento de la importancia del capital ficticio, generado en asociación al crédito bancario, a los títulos de deuda pública y a las acciones, como un mecanismo especulativo orientado a la captura anticipada de valor futuro (Lohoff y Trenkle, 2014).

SOBRE-ACUMULACIÓN, VALORIZACIÓN INMOBILIARIA DEL CAPITAL, SEGUNDO CIRCUITO DE ACUMULACIÓN

¿Cómo influyó la transformación del encuadramiento estructural de la dinámica económica sobre la conformación de una nueva geografía urbana? En lo esencial, al generalizarse el procesos de financiarización, el proceso de producción social del espacio urbano fue objeto de cambios sustantivos tanto en lo que concierne a las relaciones interurbanas, como en lo que atañe a cada uno de los procesos urbanos involucrados, los cuales fueron afectados por una importante transformación en su organización, funcionamiento, morfología y apariencia intra-urbana. Esto se desarrolló en un escenario en el cual tuvieron una fuerte incidencia adicional tres sub-procesos que se desarrollaron al mismo tiempo: la continuidad del fuerte aumento de la población urbana mundial, la persistencia de la urbanización de la economía y de la población y, por último, el significativo aumento de la conectividad y la movilidad bajo la difusión y adopción de las tecnologías de la información y las comunicaciones (TIC).

Estos procesos comenzaron a tomar impulso cuando la repentina caída de la rentabilidad del capital que se produjo con la profundización de la crisis fordista, desembocó en la ralentización del ritmo de inversión productiva en la economía real y, en particular, en un prolongado e irreversible proceso de desindustrialización. En esta situación, la consecuente generación de una creciente sobreacumulación de capital (Chesnais, 2010; Arrighi,1999) originó la necesidad de encontrar en forma perentoria un destino alternativo para la colocación de los capitales inmovilizados dado que, como afirma Marazzi (2013), “una de las encrucijadas de la economía capitalista es asegurar la continuidad

de la acumulación: cualquier interrupción constituye un riesgo social y político para el capital” (p. 105). No obstante, pese a la intensificación de los esfuerzos encaminados por encontrar tal destino alternativo para la valorización del capital sobre-acumulado en un espacio planetario regido por la lógica financiera, como reconocen Lohoff y Trenkle (2014), “a nivel global, la sobreacumulación estructural de capital no se mitigó de manera alguna, y ella adquirió bien por lo contrario proporciones incesantemente más inquietantes”, lo que redundó en que “cantidades siempre más importantes de capitales se reencontraron de alguna manera “sin empleo” y comenzaron a vagabundear a través del globo a la búsqueda de ocasiones de colocaciones rentables” (p. 69).

Frente a esta realidad, la urbanización se presentó como una alternativa atrayente. Al respecto, cabe recordar que como señala, Harvey (2013), a lo largo de la historia, “la urbanización [...] ha desempeñado un papel crucial en la absorción del excedente de capital, y lo ha hecho a una escala geográfica cada vez mayor [...]” (p. 5). Y ahora, en una situación en la que la continuidad de la urbanización, la elevación del ingreso medio de las familias y el incremento de la demanda por infraestructura inmobiliaria para las actividades productivas globalizadas, habían incrementado la capacidad de las áreas urbanas para absorber una parte ascendente del capital sobre-acumulado, la urbanización volvió a desempeñar ese papel crucial señalado por Harvey.

Como había anticipado Lefebvre (1970) al diagnosticar y explicar el advenimiento de una revolución urbana, con la inevitable caída de la rentabilidad de las inversiones en el sector industrial, habría de incrementarse el flujo del capital que se orientaría hacia un “*segundo circuito de acumulación*”: “mientras que baja el grado de plusvalía global formada y realizada por la industria, crece el grado de plusvalía formada y realizada en la especulación y mediante la construcción inmobiliaria. El segundo circuito suplanta al principal. De accidental pasa a ser esencial” (p. 165); lo que, al mismo, tiempo, habría de redundar en que, “‘el inmobiliario’ y la construcción dejasen de ser circuitos secundarios y ramas anexas al capitalismo industrial y financiero, para pasar al primer plano” (Lefebvre, 1972, p.120).

Conforme al planteo de Lefebvre, el análisis de los resultados del “vagabundeo” de los capitales excedentarios en busca oportunidades para su asignación, corroboran que una parte de creciente importancia de ese excedente se orientó hacia inversiones y negocios inmobiliarios, donde los destinos especulativos no cesaron de aumentar su atractivo. Y, en ese proceso, los potenciales inversores comprobaron que, en una configuración global, en la que la urbanización de la economía y de la población proseguía su avance, eran las áreas urbanas mejor articuladas al espacio global de valorización del capital, las que podían ofrecer las más auspiciosas perspectivas para la valorización de sus capitales. De tal modo, fueron esas áreas, las que se constituyeron en la infraestructura geográfica básica en la que encontró destino una parte creciente del excedente de capital.

Así, en forma compatible con la ampliación de la economía-mundo, un número importante de áreas urbanas de distintas partes del mundo, —entre las cuales diversas latinoamericanas—, se fue adscribiendo a dicho espacio financierizado de acumulación, si bien con funciones e intensidad variables. A lo largo de este proceso, la base económica de dichas áreas sufrió modificaciones que afectaron a su estructura productiva, la cual fue objeto de una progresiva terciarización, donde el “segundo circuito” registró un fuerte crecimiento. Aun cuando esto no permitió solucionar el problema de la sobreacumulación en su conjunto, los capitales “sin empleo” continuaron hasta ahora su “vagabundeo” a escala planetaria, en esa infatigable búsqueda de destinos geográficos y sectoriales capaces ofrecer mejores condiciones para su valorización.

En especial, el crecimiento de lo inmobiliario en el “segundo circuito” se benefició con los arreglos institucionales realizados a fin de establecer las condiciones para la titulización (o securitización) de activos inmobiliarios, que hicieron posible que las operaciones respectivas pudiesen desarrollarse en un *circuito titulado e intermediado*, en remplazo del *circuito no titulado y directo* dominante en la fase anterior (Theurillat y Crevoisier, 2011); de esta forma, los inversores institucionales (sociedades y fondos de inversión inmobiliaria, compañías de seguro, fondos mutuos, etc.), en buena parte vinculados a grupos bancarios, pasaron a actuar como los principales intermediadores. En otras palabras, dichos arreglos institucionales hicieron posible *transformar activos reales e inmóviles* (inmuebles, infraestructuras), en *activos financieros negociables en los mercados financieros*. Y, al hacer posible que la propiedad urbana inmóvil pasase a ser *líquida y móvil en el espacio*, los inversores institucionales e, incluso, los particulares, pudieron invertir en forma indirecta en los mercados reales de la construcción urbana en cualquier parte del mundo, principalmente por la vía de portafolios de inversión.

Todo esto contribuyó a que el monto de capital financiero privado destinado a inversiones y negocios inmobiliarios en las áreas urbanas en expansión alcanzase una magnitud desconocida en cualquier fase anterior del desarrollo capitalista. Lo cual fue viabilizado por los arreglos institucionales implementados como parte del ajuste estructural, que contemplaron el establecimiento de múltiples instituciones y mecanismos financieros destinados a viabilizar la libre circulación de capitales a escala global y generaron condiciones para que un volumen creciente de los capitales “sin empleo” se canalizase hacia inversiones en el segundo circuito. En consecuencia, el crecimiento de las inversiones inmobiliarias tuvo, y continúa teniendo, una mucho mayor incidencia que en el pasado en las transformaciones urbanas que han modificado en forma sustantiva la organización, el funcionamiento, la morfología y la apariencia de las principales aglomeraciones urbanas del mundo.

Lo cual, por su parte, se tradujo en que el sector inmobiliario y la industria de la construcción lograsen una influencia cada día mayor en la mercantilización de la nueva geografía de la urbanización. De esta manera, es lógico concluir que la imposición y consolidación de la lógica financiera, al tener

una decisiva incidencia en la ascendente mercantilización de los procesos de producción de espacio urbano, han culminado en una situación en la que, como señaló Lefebvre (1970), *“la ciudad (lo que queda de ella o en lo que se convierte) es más que nunca un instrumento útil para la formación de capital, es decir, para la formación, la realización y la repartición de la plusvalía”* (p. 42).

REVOLUCIÓN URBANA, NUEVA GEOGRAFÍA DE LA URBANIZACIÓN Y METAMORFOSIS URBANA

La expansión y propagación espacial de la “economía-mundo” al ritmo de la financiarización generó cambios relevantes en la geografía de la urbanización, relacionados por una parte con la profundización de algunas tendencias que se habían gestado bajo el impacto de la revolución industrial y, por otra parte, por aspectos específicamente atribuibles a la nueva dinámica posfordista. Estos cambios en la geografía de la urbanización pueden analizarse en dos planos:

- a. en el plano inter-urbano, como consecuencia de los impactos inter-relacionados de la globalización financiera y de la creciente utilización de las TIC, se produjo un fuerte aumento de las conexiones y relaciones entre distintos espacios urbanos, originando la conformación de lo que ha sido calificado como una red mundial de ciudades (*“world city network”*), (Taylor , 2004). En este contexto, el aumento de la inter-acción entre las actividades localizadas en espacios urbanos de desigual nivel de desarrollo produjo un fuerte incremento de diverso tipo de flujos inter urbanos (productivos, financieros, comunicacionales, comerciales, culturales, deportivos, etc.), que ampliaron y fortalecieron la inter-conexión entre nodos de dicha red, en una dinámica que retroalimentó las desigualdades inter-urbanas heredadas de fases anteriores;
- b. en el plano intra-urbano, la evidencia disponible avala la conclusión de que desde que un número importante de actividades localizadas en cada espacio urbano comenzó a articularse a la dinámica de la globalización, el mismo comenzó a ser objeto de una revolución y/o metamorfosis, en virtud de la cual fue perdiendo su calidad de “ciudad”, para pasar a ser parte de un proceso de urbanización generalizada; de esto resultó una aglomeración amorfa y difusa, en la cual las diferencias entre lo urbano y lo rural se han ido diluyendo. Esto implica una transformación sustantiva que se manifiesta en procesos que Lefebvre (1970) caracterizó con la expresión de implosión/explosión, haciendo referencia con ella a una dinámica urbana signada por la coexistencia de tendencias tanto de crecimiento hacia adentro, como hacia el exterior.

En lo que específicamente atañe al plano inter-urbano, cabe recordar que las bases para la conformación una “red mundial de ciudades” se establecieron cuando, en pleno auge del régimen fordista, un número creciente de corporaciones multinacionales generalizaron sus estrategias

de *descomposición internacional de los procesos productivos* (Andreff, 1996), cuya aplicación aumentó en forma significativa la localización de un número en rápido crecimiento de filiales de esas corporaciones en diversos espacios urbanos situados en distintas partes del mundo. Así, según datos de la UNCTAD, entre los años 1967 y 2001 el número CTN pasó de 6.000 a 63.000, en tanto que el número de sus filiales en el extranjero creció 27.000 a 820.000 (Carroué, 2002, p. 59).

Cuando al generalizarse este tipo de estrategia se intensificaron las conexiones inter-urbanas, los flujos financieros destinados a inversiones y negocios en el “segundo circuito” mostraron una marcada preferencia por aquellos lugares del espacio mundial que fueron percibidos como oferentes de mejores condiciones para la absorción y valorización del capital. Por entonces, los lugares más atractivos vis-a-vis los capitales móviles se encontraban ubicados en distintas partes de una configuración económico-geográfica tipo centro-periferia que se había formado conforme a la división internacional del trabajo establecida bajo el avance de la revolución industrial; dado que esta configuración se caracterizaba por una fuerte desigualdad de desarrollo entre países, regiones y ciudades, los lugares más atractivos, en especial aglomeraciones urbanas, prácticamente en su totalidad estaban situadas en las economías centrales. Por consiguiente, el flujo de inversiones se dirigió principalmente hacia ellas, generando procesos de causación circular acumulativa que incidieron en la retroalimentación de las desigualdades iniciales.

Lejos de debilitarse esta tendencia se fortaleció más aun cuando, con el avance de la globalización, se generó un proceso de modernización/socialización capitalista en la operación de los negocios inmobiliarios; este proceso que se tradujo en el paulatino remplazo de los inversores individuales por inversores institucionales, generó una situación en el que las decisiones sobre este tipo de negocios inmobiliarios pasaron a regirse más estrictamente por las constricciones impuestas por la lógica financiera, con lo cual se fortaleció la preferencia por espacios urbanos percibidos y/o evaluados como más rentables. En consecuencia, en esta situación se reforzó la preferencia de los inversores privados por las “ciudades” principales de los países de mayor desarrollo relativo, fortaleciendo así a los ya referidos procesos de retroalimentación de las desigualdades preexistentes.

¿Cuáles fueron los principales efectos de estos cambios en la estructuración intra-urbana de las aglomeraciones articuladas a la dinámica de la globalización financiera? En lo fundamental, al imponerse una dinámica relacional sustentada en las nuevas condiciones de conectividad y movilidad, cada una de esas aglomeraciones debió dotarse de las condiciones necesarias para constituirse en un lugar idóneo para el desarrollo de las tareas de coordinación, y control del capital productivo y financiero desplegado a escala global (Sassen, 1994). Y, para cumplir con estos requerimientos, cada uno de esos espacios urbanos debió incrementar su competitividad a fin de atraer las respectivas inversiones financieras, productivas y humanas.

En cualquier caso, hay que tener en cuenta que las políticas orientadas a aumentar la competitividad debieron establecerse considerando las limitaciones inherentes a un tipo de gestión pública que, en mayor o menor grado según su nivel de adscripción a la ortodoxia neoliberal, implicaba una suerte de “[...] tercerización de la planificación y de la gestión de la ciudad, o [...] de transferencia de las atribuciones de control del uso y de ocupación del suelo y de la formulación de políticas, planes y proyectos de desarrollo urbano desde la esfera pública hacia la esfera privada” (Carvalho y Pereira, 2013, p. 20). Vale decir, bajo la influencia de un discurso teórico-ideológico que privilegiaba el papel subsidiario del Estado, en especial durante sus etapas iniciales, los gobiernos nacionales y/o locales tendieron a privilegiar la austeridad fiscal y el partenariado público-privado. En este contexto, buena parte de las actividades que habían funcionado en manos del sector público pasaron a la órbita privada, lo que se tradujo en la progresiva privatización y mercantilización del crecimiento urbano.

De esta forma, las áreas urbanas que pudieron mejorar su inserción en el espacio mundial de valorización del capital y aumentar su atractividad vis-à-vis los capitales móviles, lograron que allí se localizase un conjunto de servicios, entre los cuales los financieros, que pasaron a constituirse en el componente medular de la nueva base económica urbana. Fue a partir de esta paulatina reestructuración de la base económica y, en consecuencia, del respectivo mercado de trabajo, que comenzó a transformarse la geografía de la urbanización que se había consolidado en la fase fordista. Frente a este escenario, cabe preguntarse: ¿cuáles fueron los principales impactos de este conjunto de mutaciones en el plano intra-urbano de las aglomeraciones que se fueron adscribiendo a la dinámica económica posfordista? Al respecto, revisaremos los impactos en lo relativo a la implosión/explosión, al aumento de las desigualdades sociales y al deterioro de la biosfera.

a. Implosión/explosión de las áreas urbanas en crecimiento: hacia lo urbano generalizado

Como ya hemos señalado, las principales mutaciones que se produjeron en el ámbito del nuevo encuadramiento estructural posfordista son las que dieron origen al fenómeno que Lefebvre denominó como “implosión/explosión,” que implica dos tendencias: por una parte, “[...] *la enorme concentración (de gente, de actividades, de riqueza, de cosas y objetos, de instrumentos, de medios y de pensamiento) en la realidad urbana*”, y por otra, “*el inmenso estallido, la proyección de múltiples y dispersos fragmentos (periferias, arrabales, residencias secundarias, satélites, etc.)*” (Lefebvre, 1970, p. 24). Estudios realizados desde entonces han confirmado una evolución en la que coexisten tendencias tanto hacia la expansión del tejido urbano hacia afuera, como hacia el fortalecimiento de ciertas áreas interiores de la ciudad originaria (Brenner, 2013; Indovina, 2009); en lo medular, esto implica que ahora “*las aglomeraciones se forman, se expanden, se contraen y se transforman constantemente, pero siempre a través de redes de relaciones densas hacia otros lugares, cuyos*

patrones históricos y vías de desarrollo están, a su vez, mediados cada vez más directamente a través de sus modos de conexión/desconexión de las zonas hegemónicas de concentración urbana” (Brenner y Schmid, 2016, p. 333).

Si consideramos aquello a lo que se alude con la palabra explosión, esto es, conforme al planteo de Lefebvre, “*el inmenso estallido, la proyección de múltiples y dispersos fragmentos (periferias, arrabales, residencias secundarias, satélites, etc.)*”, que se materializa en “la proliferación del tejido urbano”, cabe preguntarse, ¿cuáles fueron los factores que tuvieron mayor incidencia en la materialización de este fenómeno? Y, a este respecto, la respuesta, involucra a los siguientes factores:

- i. la persistencia e incremento de la urbanización de la economía y de la población, que impuso una incontenible necesidad de producción adicional espacio;
- ii. la utilización generalizada de las TIC, que aumentó la permeabilidad espacial y contribuyó a incrementar la conectividad y la movilidad entre espacios urbanos y al interior de cada uno de ellos;
- iii. el crecimiento sostenido e incontrolable de la utilización del automóvil privado individual, que determinó cambios en el comportamiento residencial de las familias y estimuló la búsqueda de vivienda en un periurbano en expansión incesante; y,
- iv. el desvío de una parte significativa del capital sobre-acumulado hacia inversiones y negocios inmobiliarios, que en parte importante buscó alternativas rentables en los arrabales urbanos.

El análisis de estos procesos por los que el espacio urbano se desplegó en forma difusa, con límites imprecisos y móviles, llevó a Brenner y Schmid (2016) a argumentar que frente a las propuestas de la mayoría de las corrientes tradicionales, en las que lo urbano es tratado como un tipo particular de espacio delimitado de asentamiento (“la ciudad”), se puede contraponer el concepto de que lo urbano, –así como el de urbanización que le está estrechamente asociado–, debe ser entendido como una abstracción teórica; de aquí, proponen considerar a lo urbano como una categoría teórica, no como un objeto empírico, de igual forma a como era considerado lo rural en el pasado.

En lo que respecta a *la implosión*, segundo componente del fenómeno de referencia, Lefebvre precisa que el mismo implica una “*enorme concentración (de gente, de actividades, de riqueza, de cosas y objetos, de instrumentos, de medios y de pensamiento) en la realidad urbana*”. Lo que ahora se puede comprobar es que durante las últimas décadas esta tendencia a la concentración se ha intensificado bajo distintas modalidades, tanto en las grandes aglomeraciones urbanas de las economías centrales, como en algunas de los países de la periferia capitalista, donde las latinoamericanas constituyen ejemplos relevantes (de Mattos, 2010; Moura, 2012).

¿A qué puede atribuirse la actual intensificación de esta tendencia? Desde las últimas décadas del siglo pasado, la implosión puede atribuirse ante todo al incremento de inversiones y negocios inmobiliarios realizados con el propósito de rentabilizar excedentes de capital mediante operaciones de *destrucción creativa* y reutilización de áreas centrales y peri-centrales de la ciudad heredada de la fase anterior. Lo que se justifica en el hecho de que desde que se fue reduciendo la disponibilidad de suelo edificable en los lugares más consolidados (y rentables) de cada espacio urbano, los promotores inmobiliarios se propusieron reemplazar partes del medio ambiente construido de baja densidad por nuevas edificaciones capaces de albergar un mayor número de familias o de empresas. Con ello, mediante la verticalización y la re-densificación de esas áreas, se logró concretar operaciones de alta rentabilidad que han tenido un impacto significativo en una re-centralización de una parte del crecimiento urbano.

Además, frente a la escasez de suelo vacante en algunas de las áreas consolidadas de elevada rentabilidad de cada aglomeración, también comenzaron a plantearse estrategias inmobiliarias orientadas a su reconversión y revalorización. Por lo general, para ello fue necesario lograr la expulsión de los sectores de bajos ingresos que allí tenían su residencia o sus fuentes de trabajo, para reemplazarlos por otros habitantes con mayor poder adquisitivo, originando así procesos conocidos como de “gentrificación”; de esta manera, estas áreas se constituyeron, al mismo tiempo, en alternativas atractivas para el empleo y valorización de los excedentes de capital y en fructíferos negocios inmobiliarios. A partir del éxito de las primeras experiencias de gentrificación, fundamentalmente en las principales aglomeraciones del mundo desarrollado, las mismas empezaron a ser implementadas también en muchas otras grandes áreas urbanas en expansión en otras partes del mundo (López Morales, 2015); con esto lograron ampliar su importancia en la mercantilización de la actual metamorfosis urbana a escala global.

Bajo el impacto de la generalización de la implosión/explosión asociada a nuevas modalidades de inversiones y negocios inmobiliarios en el ámbito de la globalización financiarizada, se intensificó la importancia de dos *impactos críticos* que aparecen como indisolublemente imbricados a la dinámica capitalista posfordista, y cuya profundización aparece hoy en día como inevitable: por una parte, un vigoroso aumento de las desigualdades sociales, tanto en lo relativo a riqueza, como a patrimonio; y por otra parte, un progresivo deterioro del medio ambiente, que está llevando a una incontrolable destrucción de la biosfera. La evolución de estos problemas durante las últimas décadas resulta realmente alarmante, máxime si se considera que ellos forman parte de una tendencia constitutiva de la dinámica económica regida por la lógica financiera y, por lo tanto, resulta previsible que la situación actual tenderá a agravarse si no se produce un cambio radical en el encuadramiento estructural que ha permitido su generación y su inexorable intensificación (Naredo, 2006; Altvater, 2011; Chesnais, 2016).

b. Desigualdad social, despacificación de la vida social, tugurización, urbanismo del miedo

Investigaciones realizadas durante los últimos años han aportado abundantes elementos de juicio que avalan la conclusión de que, con el avance y afirmación del nuevo régimen de acumulación regido por la lógica financiera, se ha producido un fuerte aumento de la desigualdad social en el mundo, lo cual concierne tanto a la evolución de la riqueza acumulada y de su rendimiento, como de los ingresos personales. En esta evolución, se destaca la influencia de dos factores que han incidido en el empeoramiento de la situación que imperaba al culminar la crisis del fordismo: por una parte, la creciente incidencia del rendimiento de los patrimonios acumulados y, por otra parte, la divergente evolución de los ingresos laborales entre los sectores más ricos y más pobres.

Para poder ofrecer un panorama general respecto sobre dicho aumento de la desigualdad en la riqueza global, podemos recurrir a una fuente de información insospechable de sesgo ideológico: las series temporales para el período 2000-2017 recogidas, sistematizadas y difundidas en el Global Wealth Databook publicado por el Credit Suisse (2017). En base a estas series, en el análisis contenido en el informe respectivo, se concluye: “nuestros cálculos muestran que el 1% superior de los propietarios de la riqueza global comenzó el milenio con el 45.5% de toda la riqueza de los hogares. Esta participación fue casi la misma hasta el 2006, para caer al 42.5% dos años después. Esta tendencia se revierte después del 2008, en que la participación del 1% superior comenzó desde entonces una trayectoria ascendente, para superar el nivel alcanzado en el 2000 en el 2013 y lograr nuevos máximos cada año a partir de entonces. De acuerdo a nuestras últimas estimaciones, el 1% superior posee el 50.1% de toda la riqueza de los hogares en el mundo” (Credit Suisse, 2017, p. 18). En un análisis realizado por Oxfam (2017) en base a la información difundida por el Credit Suisse, se llega a la conclusión de que tan sólo 8 personas (8 hombres en realidad) poseen la misma riqueza que 3.600 millones de personas.

Por otra parte, también en lo relativo a la incidencia de la riqueza patrimonial en el aumento de las desigualdades sociales, tienen especial importancia los resultados de la investigación realizada durante alrededor de 20 años por un equipo de investigación dirigido por Thomas Piketty, que dio origen a un libro (Piketty, 2013) que ha tenido una gran difusión e impacto en la discusión sobre este tema. Una de las propuestas medulares del libro, fundamentada teóricamente y validada empíricamente, apunta a que los rendimientos de la acumulación personal de riqueza (“capital” en el vocabulario del autor) tienen un papel fundamental en la evolución de la desigualdad social en el capitalismo. Al respecto, “la lógica de la argumentación de Piketty” considera que en aquellos momentos en que la tasa de rendimiento de la riqueza acumulada es superior a la tasa de crecimiento de la economía, la desigualdad aumenta, dado que los propietarios del “capital” obtendrán siempre más del rendimiento de su patrimonio que aquellos que no tienen más que su fuerza de trabajo para enriquecerse. La base de datos elaborada por Piketty y su equipo, permitió validar esta tesis y llegar la conclusión de

que “si se toma en cuenta el reparto de la renta nacional en varios países clave, se constata que en todos, durante las últimas décadas, el 1% y el 0.1% más rico aumentaron su porcentaje de la riqueza” (Corominas, 2014, p.12).

En lo que concierne a la ampliación de la brecha entre los ingresos por remuneración del trabajo, en lo esencial, ello puede atribuirse a dos procesos que evolucionaron en forma simultánea, afectando a los mercados de trabajo, al empleo y a los niveles de ingreso de las personas: i) un proceso de carácter político-institucional, que resultó de la aplicación de las reformas y políticas neoliberales a fin de disminuir los costos salariales en beneficio de los costos empresariales; y ii) un proceso de carácter científico-técnico, desencadenado por la creciente utilización de las TIC en los procesos productivos, que permitió aumentar la productividad y la competitividad reduciendo el empleo de trabajo humano.

Con respecto al proceso de carácter político-institucional, el mismo se desencadenó, cuando en conformidad con los criterios del discurso neoliberal, muchos gobiernos se inclinaron por impulsar políticas de desregulación y liberalización de los mercados de trabajo, cuyo propósito era ante todo “*aumentar la rentabilidad del capital haciendo disminuir el peso ejercido por los salarios y por las cargas sociales, y reducir el impacto de las reglamentaciones generales garantizadas por la ley sobre la estructuración del trabajo*” (Castel, 2004, p. 56). Esto implicó reducir, tanto como fuese posible en cada caso, la mayor parte de los beneficios logrados por los trabajadores, que había sido uno de los atributos básicos del fordismo.

Por su parte, una de las principales consecuencias del proceso de carácter científico-técnico, que se apoyó desde las últimas décadas del siglo pasado en la utilización generalizada de las TIC, fue que redundó en la paulatina reducción de la necesidad de trabajo humano en los procesos productivos, Como afirma Bauman, “*el progreso tecnológico llegó al punto en que la productividad crece en forma proporcional a la disminución de los empleos. Ahora se reduce el número de obreros industriales: el nuevo principio de la modernización es el downsizing*” (Bauman, 1998, p. 45). Esta tendencia se acentuó más aun con las innovaciones de la denominada “cuarta revolución industrial” (Schwab, 2016), en la que la robotización y la inteligencia artificial, tienen cada día mayor presencia, confirmando la anticipación de Keynes, que en 1930 auguró un inexorable aumento del “desempleo tecnológico”.

¿Cuál fue el impacto general de estos procesos en los mercados de trabajo? En una revisión general realizada a este respecto, Antunes (2001) afirma que “el resultado más brutal de estas transformaciones es la expansión sin precedentes en la era moderna del *desempleo estructural*, que abarca a todo el mundo, a escala global”; y, afirma que ello ha resultado del desencadenamiento de “*un proceso contradictorio* que: por un lado, reduce al proletariado industrial y fabril; por el otro, aumenta el subproletariado, el trabajo *precario*, o los asalariados del sector servicios e incorpora al

sector femenino y excluye a los más jóvenes y a los más viejos”. Lo que significa que lo que se logró impulsar fue “un proceso de mayor *heterogenización, fragmentación y complejización* de la clase trabajadora” (p. 54). En definitiva, esto indica que el resultado de esta restructuración no fue el “fin de trabajo” en general, como habían anticipado algunos trabajos de gran impacto en su momento (v. gr.: Rifkin, 1996) sino que, como afirmó José Nun (2001, p. 274), a lo que se llega es al “fin del trabajo asalariado estable y bien remunerado”.

Con la persistencia de esta tendencia, que ha afectado tanto a los países más desarrollados, como a los de la periferia capitalista, la financiarización ha tenido una importancia fundamental pues, como afirma Duvoux, (2017), “los super-ricos están [...] sobre todo en el sector de las finanzas. La contribución de este sector es decisiva en el aumento de la desigualdad de los ingresos [...]” (p. 38). En esta misma dirección, Navarro (2014) precisa que una parte significativa de la riqueza que se ha creado con el avance de la financiarización “va a parar a los salarios y compensaciones a los gerentes del capital, salarios y compensaciones que no tienen ninguna relación con la productividad, pues la mayoría controla los consejos de dirección de las instituciones que dirigen, asignándose retribuciones elevadísimas, incluso cuando las empresas tienen pérdidas” (p. 3); lo cual termina alimentando el crecimiento del 1% más beneficiado por la dinámica económica posfordista.

Habida cuenta de que actualmente la mayor parte de las actividades productivas de la economía global se localizan en áreas urbanas, las desigualdades tienen su principal expresión e impacto en ellas. Esto ha llevado a la producción de un tipo de espacio urbano, que el que predomina un fuerte contraste y polarización entre las áreas residenciales de los más ricos (en particular, la ciudad del 1%) y aquellas en que residen los más pobres, en un ámbito por tanto cada día más fragmentado. Si bien ha sido en los países de la periferia capitalista donde estas tendencias se perciben con mayor nitidez, también se puede comprobar que ellas han alcanzado una creciente presencia en buena parte del mundo desarrollado, en lo que también ha influido la intensificación de las migraciones internacionales originadas en lugares más pobres.

¿Cuáles han sido las principales consecuencias del aumento de la desigualdad social en la distribución espacial del hábitat en un espacio urbano altamente mercantilizado? A este respecto, es importante tener en cuenta que en virtud de que en la mayor parte de las principales áreas urbanas imbricadas a la dinámica global financiarizada ha continuado aumentando la población urbana residente y, en muchos casos, esto ha sido acompañado por el aumento del ingreso medio de las familias, se ha reactivado la demanda solvente por vivienda en diversas partes del espacio urbano. Y en esas partes, esto ha tenido como respuesta un aumento del flujo de capitales móviles atraídos por la posibilidad de realizar negocios inmobiliarios destinados a satisfacer esta demanda.

En los países en los que el avance de la financiarización contempló el establecimiento de condiciones para mejorar el acceso al crédito hipotecario el crecimiento de la asignación de recursos para financiamiento de la vivienda pasó a regirse, en una parte muy importante, por criterios estrictamente capitalistas. Asociados por lo general a formas específicas de titulización, el crédito permitió aumentar los recursos financieros y multiplicar los negocios e inversiones inmobiliarias. Existe evidencia que, bajo esta lógica, fue en los lugares en que residían los sectores de mayores ingresos y el precio de la tierra era más elevado, donde los promotores e inversores inmobiliarios percibieron la posibilidad de realizar negocios más rentables, tanto para vivienda como para servicios, siendo por tanto hacia ellas que se dirigió el mayor volumen de capitales móviles. Y para ello, el sector inmobiliario ofreció una creciente variedad de productos inmobiliarios, tales como barrios y condominios cerrados, áreas gentrificadas, *shopping malls*, *strip centers*, etc., cuya multiplicación tuvo una decisiva incidencia en una mayor fragmentación social, en el aumento de la segregación habitacional y en una progresiva pérdida de cohesión social urbana.

Por lo contrario, las áreas de residencia de los sectores más pobres y con más baja demanda tropezaron con insalvables dificultades para obtener créditos y poder contar con el financiamiento requerido para sus necesidades habitacionales. De esta manera, en la medida en que los promotores y/o inversores inmobiliarios, bajo las exigencias impuestas por la lógica financiera, priorizaron las partes de cada área urbana que presentaban mayores ventajas para la valorización de sus inversiones, tendió a hacerse más nítido el contraste entre la ciudad de los ricos y la ciudad de los pobres. Con ello, además, se contribuyó a la permanencia y reforzamiento de las desigualdades socio-territoriales heredadas de fases anteriores.

Por otra parte, con el aumento de la pobreza de un sector cada día mayor de la población y con la progresiva privatización de las políticas de vivienda social, se incrementó la población que reside en viviendas precarias en lugares marginales del espacio urbano, en muchos casos fruto de la autoconstrucción con materiales de desperdicio, sin servicios básicos, carentes de condiciones sanitarias mínimas, etc., etc. Se trata de lo que el Informe de Habitat del 2003, caracterizó como tugurios (“slums”) y cuya proliferación generó el fenómeno que Mike Davis (2006) presentó y analizó como “planeta de los tugurios” (“planet of slums”) y que derivó en lo que hoy conocemos como la “tugurización” de los espacios urbanos (Damon, 2017). En el último informe sobre riesgos globales del World Economic Forum (2017), en el que se afirma que el 40% del crecimiento urbano actual se verifica en tugurios, se incluye a este problema como uno de los principales riesgos globales.

En el tipo de configuración urbana desarrollada junto al aumento de la desigualdad social, la violencia y la (in)seguridad urbana se han ubicado entre los temas que más preocupación suscita entre los habitantes de las grandes aglomeraciones y como uno de los principales condicionantes de la actual metamorfosis urbana. Como afirma Carrión (2008), “es imposible negar que la violencia genera un

tipo particular de organización espacial, por ejemplo, a través de los imaginarios del miedo, que se convierten en un elemento constructor de ciudad, o que la conflictividad de la ciudad sí produce una violencia específica” (p. 118). En particular, estos imaginarios del miedo han adquirido particular relevancia en estos espacios urbanos crecientemente tugurizados en los que se ha desplegado un proceso que Wacquant (2001) caracterizó como de “despacificación” de la vida social urbana, que puede entenderse como uno en que la violencia –y el miedo como contrapartida– se filtran por todos los intersticios del tejido urbano, alterando la vida cotidiana urbana en su conjunto

En contextos urbanos donde, además del aumento de las desigualdades sociales y de la concentración de la riqueza y del ingreso, se ha impuesto y generalizado la privatización y mercantilización de la dinámica urbana, la despacificación en la medida en que se constituye en una amenaza para la vida cotidiana urbana, impone como una respuesta no planificada un tipo específico de urbanismo que ha sido calificado como “urbanismo del miedo” (Pedrazzini, 2005 y 2009), o “ecología del miedo” (Davis, 1999), que comporta mutaciones sustantivas en la organización, el funcionamiento, la morfología y el paisaje del respectivo espacio urbano.

Si bien los factores que tienen mayor incidencia en el aumento de la desigualdad social y en la agudización de la violencia urbana afectan a la población urbana en su conjunto, la evidencia empírica indica que ese problema se agrava en forma alarmante en lo que atañe a los jóvenes, y en particular a los jóvenes pobres, quienes son los que tienen mayor dificultad para su inserción social y para acceder al mercado de trabajo. Un estudio reciente (OECD/CEPAL/CAF, 2016) consigna que “las tasas de desempleo son significativamente más elevadas para las personas más jóvenes, los jóvenes con menor nivel educativo y aquellos que provienen de entornos desfavorecidos. Los jóvenes pobres y vulnerables tienen el doble de probabilidades de estar desempleados que los jóvenes menos vulnerables. [...] Los jóvenes entre 15 y 29 años son quienes sufren las mayores tasas de desempleo, con 28% de máximo para las personas en situación de pobreza extrema, el 25% para las personas en situación de pobreza moderada y el 19% para las personas vulnerables, frente al 12% que sufren otros jóvenes en situación no vulnerable” (pp. 102-103).

En esta situación, un contingente cada día mayor de la juventud pobre, es considerada como el principal responsable de la violencia urbana y, de esta manera, es objeto de una generalizada estigmatización y marginalización (Castel, 2007). Si bien ello tiene como fundamento la indesmentible evidencia empírica sobre el aumento de la participación de los jóvenes desposeídos en los eventos de violencia, su estigmatización y marginación ha tendido a acentuar su predisposición a continuar participando en actividades violentas y, en muchos casos, a predisponerlos a ser más violentos. En ese contexto, la participación de los jóvenes en pandillas y en actividades de crimen organizado es cada día mayor. En muchas extensas áreas de los barrios tugurizados de nuestras ciudades, la principal fuente de ingresos de los jóvenes pobres radica en las actividades del crimen

organizado y, en especial, en las del narcotráfico, actividades que en América Latina han estado adquiriendo un ritmo de propagación que las ha hecho prácticamente incontrolables.

Frente a estas tendencias, las respuestas públicas han estado orientadas principalmente a incidir sobre sus consecuencias mediante la contención punitiva y la tolerancia cero, por lo que han resultado inoperantes; mientras las cárceles continúan superpoblándose, y la cuestión de la violencia urbana adquiere cada vez mayor importancia en la percepción de los ciudadanos. Por otro lado, frente a la previsible ineficacia de la planificación urbana, lo que se ha impuesto ante todo ha sido la auto-organización urbana, donde los inversores inmobiliarios han encontrado una fuente adicional para nuevos negocios.

Frente a esta situación, se puede comprobar que las respuestas políticas han sido principalmente acciones orientadas a aislar en fragmentos urbanos a aquellos a quienes se consideran como parte de las “clases peligrosas” y a proteger a la propiedad privada y a quienes la detentan. Como afirma Pedrazzini (2009), “la seguridad no es más que una historia extrema de defensa de la propiedad en un sistema liberal” (p. 6). Por otra parte, a medida que el imaginario del miedo ha seguido ganando importancia, se ha intensificado la auto-organización, producto de la reacción de los ciudadanos afectados, dando lugar a respuestas en gran parte espontáneas, que han sido favorecidas por la complicidad de los negocios inmobiliarios. Son estas respuestas, las que se materializan en barrios y condominios privados, en el enrejamiento de viviendas o conjuntos de viviendas, en la proliferación de las tecnologías de la vigilancia, en el crecimiento del negocio de la vigilancia privada, etc., etc. Todo esto ha redundado en lo que lo que Mike Davis (1992) caracterizó como la “ciudad carcelaria” y Soja (2008), más apropiadamente, como el “archipiélago carcelario”. Todo esto, ha tenido una decisiva incidencia en una progresiva fragmentación y pérdida de cohesión social urbanas.

c. Crecimiento económico, urbanización generalizada, crisis ambiental

El segundo impacto crítico del régimen de acumulación posfordista estriba en la actual crisis ambiental, derivada de la creciente e irreversible destrucción de la biosfera a escala global. Sobre esta crisis, cabe recordar que Lefebvre, todavía un año antes de la publicación del primer informe del Club de Roma, había anticipado que *“en la fase crítica, la naturaleza aparece en el primer plano de los problemas. Asociados y en concurrencia, la industrialización y la urbanización, destruyen la naturaleza. El agua, la tierra, el aire, la luz, los ‘elementos’ están amenazados de destrucción. Los plazos se van a cumplir, con fecha precisa”*. A lo que todavía agregó la previsión de que *“hacia el año 2000 [...] el agua y el aire estarán contaminados a tal punto que la vida sobre la tierra se tornará difícil”* (1970. p. 39). En esta visión de Lefebvre sobre el inevitable deterioro de la biósfera, ya estaba implícita la idea de que un proceso de crecimiento económico ilimitado en un planeta limitado es insostenible.

A la luz de los resultados de múltiples estudios e investigaciones realizadas sobre los alcances y consecuencias previsibles de la crisis ambiental, la anticipación de Lefebvre resulta obvia y aparentemente indiscutible. Sin embargo, resulta evidente que a nivel político es cada vez mayor la resistencia a actuar sobre las verdaderas causas de esta crisis y que la mayor parte de los gobiernos se limitan a esgrimir un discurso en pro del *desarrollo sostenible*, concepto inocuo e impreciso, que no pasa de ser un eslogan utilizado con el propósito de dar la impresión de que existe preocupación política al respecto.

En última instancia, esto obedece al hecho de que, frente a gravedad de la actual crisis económica global, a nivel político predomina el criterio de que no se debe priorizar ninguna medida que pueda obstaculizar el crecimiento económico. Lo que, en esencial, significa no obstaculizar la acumulación privada de capital y la generación de plusvalía. En esta situación, más allá de que se haya generalizado un discurso anodino, elaborado en torno a la consigna del “desarrollo sostenible”, se puede comprobar que hay una ausencia casi total de acciones realmente efectivas para hacer frente a la destrucción de la biosfera. En lo cual también incide la postura dominante en la teoría económica a este respecto, pues como afirma Naredo “cada vez el pensamiento económico ayuda más a convivir con el continuo deterioro ecológico y la polarización social que ocasiona la sociedad industrial que controlarlo, paliarlo o evitarlo” (2006, p. 36),

En el diagnóstico sobre las raíces de esta crisis, se reconoce que entre los factores que han contribuido en mayor grado a la progresiva destrucción de la biósfera se destaca el incontrolable avance de una urbanización, que se materializa en un ilimitado crecimiento poblacional y territorial de las aglomeraciones urbanas, tanto en el mundo desarrollado como, en especial, en los países de menor desarrollo relativo. Frente a esta dinámica, se han multiplicado diversas propuestas sobre la “ciudad durable” y/o la “ciudad inteligente”, cuyo análisis permite concluir que su dirección y contenido no resulta compatible con la dinámica específica del capitalismo posfordista, así como con las prioridades políticas y económicas de las fuerzas sociales dominantes. Por esto, lógicamente, ninguna de esas propuestas ha dado lugar a políticas concretas para su implementación efectiva.

Las transformaciones urbanas realmente observables han evolucionado, como ya hemos señalado, en otra dirección. Al respecto, el último Global Risks Perception Survey del World Economic Forum (2018) reconoce entre los principales riesgos globales actuales la “creciente urbanización”, e interrelacionado con esto, el “fracaso de la planificación urbana”. Esto, por cuanto la realidad observable muestra que tanto la nueva geografía de la urbanización, como la metamorfosis urbana que afecta a sus principales componentes, corresponden a una evolución que va en dirección contraria a lo que se postula en el así denominado “desarrollo sostenible”; y, que su continuidad, contribuirá a agudizar la actual crisis ambiental.

A ello sin duda contribuye lo que en el Survey del WEF, se califica como el “fracaso de la planificación urbana”, puesto que la dinámica regida por la lógica mercantil no es compatible con lo que comporta el concepto de planificación. Como ya hemos señalado más arriba, los preceptos que rigen la gobernanza empresarialista excluyen la posibilidad de una intervención pública que se contraponga al “orden general regido por la lógica de la mercancía”. En esta situación, parece lógico prever la continuidad de los impactos críticos del actual régimen de acumulación y de las tendencias que caracterizan a la metamorfosis urbana que se está procesando en el contexto de la globalización financiera.

EN CONCLUSIÓN

Los efectos reseñados hasta aquí son los que consideramos que han tenido mayor impacto en los cambios en la dirección y el contenido de las mutaciones urbanas y son, por tanto, los que han tenido mayor incidencia en la conformación de la *nueva geografía de la urbanización*. Si bien estos efectos están presentes a escala global, su mayor repercusión ha sido en las áreas urbanas ubicadas en los países donde la financiarización tiene mayor penetración y que, por esta razón, son evaluados como más competitivos y con mayor capacidad para absorber la sobreacumulación de capital en el contexto de la dinámica económica posfordista.

Frente a la persistencia y/o agudización de los impactos críticos de esta dinámica se ha promovido, bajo diversas denominaciones, un tipo de gobernanza urbana que busca adscribirse a las reglas del juego inherentes a una economía regida por la lógica financiera, a fin de incrementar la acumulación de capital y el crecimiento económico en su específico ámbito geográfico. En la opinión de los promotores de este tipo de gobernanza, algunas de las experiencias de aplicación de este enfoque de gestión urbana pueden considerarse como exitosas (v.gr.: Barcelona, Vancouver, Melbourne, Curitiba, en cierta medida, Seattle, etc.).

Sin embargo, cabría preguntarse ¿en qué radica ese supuesto éxito? Básicamente, en que se ha logrado incrementar la atraktividad de esas áreas urbanas vis-à-vis los capitales “vagabundos”. Lo que se puede comprobar allí donde esto se ha logrado es principalmente que la aplicación de ese tipo de gobernanza llevó a un aumento de la dependencia de la economía urbana emergente frente a esos capitales. El análisis realizado con respecto al caso de Barcelona por Delgado Ruiz (2007), concluye que justamente debido a su alardeado éxito, esta ciudad se ha hecho más dependiente de las exigencias de “[...] un capitalismo financiero internacional que ha descubierto en el territorio una fuente de enriquecimiento y que aspira a convertir la capital catalana en un artículo de consumo con una sociedad humana dentro” (p. 11).

De esta conclusión acerca del riesgo que corren ciertas áreas urbanas de convertirse en “*un artículo de consumo con una sociedad humana dentro*”, se derivan complejas y preocupantes consecuencias que condicionan su posible evolución futura. La “turistificación” y la “gentrificación”, fenómenos que afectan en forma muy desfavorable la vida cotidiana de las ciudades involucradas, son un ejemplo de ello. En la misma dirección, las operaciones arquitectónicas de museificación o de “disneylandización” de partes importantes de los respectivos espacios urbanos, concebidas con el propósito de aumentar la atractividad de la “ciudad” respectiva frente a los capitales móviles y a los viajeros internacionales, son ejemplos de los cambios que llevan a la “urbanalización” del paisaje urbano, tal como propone Francesc Muñoz (2008). Lo cual parece una consecuencia lógica de un actuar (o “governar”) en función de atender ante todo a los intereses y las apetencias de dichos capitales “vagabundos”, soslayando los de los residentes nativos, cuya vida cotidiana tiende a perder prioridad.

En esta encrucijada, nos enfrentamos a enormes desafíos, frente a los cuales hasta ahora poco se ha avanzado. Mientras tanto, continúa en forma implacable el recrudecimiento de los principales impactos críticos que afectan a estas áreas urbanas, donde no cesa de aumentar de la desigualdad social y la hasta ahora incontrolable, destrucción de la biósfera. En lo esencial, tanto el aumento de la desigualdad social y de la destrucción de la biósfera merecerían atención prioritaria dado que su avance está amenazando con poner fin al proceso de producción social de espacio y, con ello, a la propia supervivencia del capitalismo (Chesnais, 2016).

Lo que aparece como más inquietante, es que existen múltiples razones que avalan la convicción de que la generación y/o profundización de estos problemas está indisolublemente asociada a la porfiada profundización de la configuración financiarizada, bajo el imperio de lo que Marazzi (2014) denomina como “el gobierno de las finanzas”. Lo cual estaría validando, como conclusión final, la afirmación de que mientras continúe siendo fortalecido y revitalizado el orden general regido por esta lógica, en sus diversas modalidades, no parece posible esperar los cambios que hoy parecen imprescindibles para encontrar una salida satisfactoria a esta encrucijada.

REFERENCIAS

- ALTVATER, Elmar (2011). *El fin del capitalismo tal y como lo conocemos*. Barcelona, Ediciones El Viejo Topo.
- ANDREFF, Wladimir (1996), *Les multinationales globales*. Paris, La Decouverte.
- ANTUNES, Ricardo (1995). ¿Adiós al trabajo? Ensayo sobre la metamorfosis y la centralidad del mundo del trabajo. Sao Paulo, Cortez Editora.
- ARRIGHI, Giovanni (1999). *El largo siglo XX. Dinero y poder en los orígenes de nuestra época*. Madrid, Ediciones Akal.
- BAUMAN, Zygmunt (1998). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona, Editorial Gedisa.
- BRAUDEL, Fernand (1985), *La dinámica del capitalismo*, Madrid, Alianza Editorial.
- BRENNER, Neil, Ed. (...), *Implosions/explosions. Towards a study of planetary urbanization*. Berlin, jovis Verlag GmbH.
- BRENNER, Neil (2013). Tesis sobre la urbanización planetaria. *Nueva Sociedad*, n. 243, enero-febrero, p. 38-65.
- BRENNER, Neil; Christian SCHMID (2013). Towards a new epistemology of the urban? *City*, v. 19, n. 2-3, p. 151-182.
- CARRION, Fernando (2008). Violencia urbana: un asunto de ciudad. *EURE*, Santiago, v. 34, n. 103, setiembre, pp. 111-130.
- CARROUÉ, Laurent (2002). *Géographie de la mondialisation*. Paris, Armand Colin.
- CARVALHO, Inaiá M. de; Gilberto CORSO PEREIRA (2013), A cidade como negócio. *EURE*, Santiago, v. 39, n. 118, setiembre, pp. 5-26.
- CASTEL, Robert (2007). *La discrimination négative. Citoyens ou indigenes ?* Paris, Seuil.
- CASTEL, Robert (2004). *La inseguridad social. ¿Qué es estar protegido?* Buenos Aires, Ediciones Manantial.
- CHAVAGNEUX, Christian; Ronen PALAN (2006), *Les paradix fiscaux*. Paris, La Decouverte.
- CHESNAIS, François (2016). El curso actual del capitalismo y las perspectivas para la sociedad humana civilizada. *Revista Herramienta*, n. 18, Buenos Aires
- CHESNAIS, François (2003), La teoría del régimen de acumulación financiarizado: contenido, alcance, interrogantes. *Revista de Economía Crítica*, n. 1, abril, pp. 37-72.
- CHESNAIS, François (2010). Crise de suraccumulation mondiale ouvrant une crise de civilisation. <http://www.preavis.org/breche-numerique/article1928.html>

- COROMINAS, Jordi (2014). Thomas Piketty, el capitalismo patrimonial del siglo XXI. *Revista Periferia*, n. 1/2014, Barcelona.
- CREDIT SUISSE (2018). Global Wealth Report 2018
- DAMON, Julien (2017), *Un monde de bidonvilles. Migrations et urbanisme informel*. Paris, Editions du Seuil.
- DAVIS, Mike (2006). *Planet of Slums*. New York, Verso.
- DAVIS, Mike (1992). *City of Quartz. Excavating the Future of Los Angeles*. New York, Vintage Books
- DAVIS, Mike (1998). *Ecology of Fear: Los Angeles and the Imagination of Disaster*. Metropolitan Books
- DELGADO RUIZ, Manuel (2007). *La ciudad mentirosa. Fraude y miseria del modelo Barcelona*. Madrid, Los Libros de la Catarata.
- DE MATTOS, Carlos (2017). Financiarización, valorización inmobiliaria del capital y mercantilización de la metamorfosis urbana. *Revista Sociologías*, Porto Alegre, a. 18, n. 42, mayo-agosto, pp. 24-52.
- DE MATTOS, Carlos (2010). Globalización y metamorfosis metropolitana en América Latina. De la ciudad a lo urbano generalizado". *Revista de Geografía Norte Grande*, Santiago, n. 47, pp. 81-104.
- DUVOUX, Nicolás (2017). *Les inégalités sociales*. Paris, Presses Universitaires de France.
- KELLY, Kevin (1998). *New Rules for the New Economy*. Penguin Books,
- FUMAGALLI, Andrea (2010). *Bioeconomía y capitalismo cognitivo. Hacia un nuevo paradigma de acumulación*. Madrid, Traficantes de Sueños.
- HARVEY, David (2013). *Ciudades rebeldes. Del derecho a la ciudad a la revolución urbana*. Madrid, Ediciones Akal.
- HARVEY, David (1989). "From managerialism to entrepreneurialism: the transformation in urban governance in late capitalism". *Geographiska Annaler*. Series B. Human Geography, v. 71, n. 1. pp.
- HASKEL, Jonathan; Stian WESTLAKE (2017). *Capitalism without Capital. The Rise of the Intangible Economy*. Princeton University Press.
- INDOVINA, Francesco (2009). Ciudad difusa y archipiélago metropolitano. *Ciudades - Comunidades e Territorios*, Lisboa, n. 18, junio, pp. 13-28
- LEFEBVRE, Henri (1968). *Le droit à la ville*. Paris, Anthropos.
- LEFEBVRE, Henri (1970). *La révolution urbaine*. Paris, Éditions Gallimard.
- LEFEBVRE, Henri (1972), *Espace et politique. Le droit a la ville II*. Paris, Éditions Anthropos.
- LEFEBVRE, Henri (1974 [2000]). *La production de l'espace*. Paris, Anthropos, 4ª Edición.

- LOHOFF, Ernst; Norbert TRENKLE (2014). *La grande dévalorisation*. Ile de France, Post-Editions.
- LOPEZ MORALES, Ernesto (2015). Gentrification in the Global South. *City*, v. 19, n. 1, pp. 564-573.
- MARAZZI, Christian (2009). La violencia del capitalismo financiero. En FUMAGALLI, Andrea et al. *La gran crisis de la economía mundial*. Madrid, Traficantes de Sueños.
- MARAZZI, Christian (2013). *Capital y lenguaje. Hacia el gobierno de las finanzas*. Buenos Aires, Tinta Limón Ediciones.
- MICHALET, Charles-Albert (2007). *Mondialisation, la grande rupture*. Paris, La Decouverte.
- MICHALET, Charles-Albert (2004). *Qu'est-ce que la mondialisation? Petit traité à l'usage de ceux et celles qui ne savent pas s'il faut être pour ou contre*. Paris, La Decouverte.
- MORIN, François (2015). *L'hydrie mondiale. L'oligopole bancaire*. Quebec, Lux Editeur.
- MOURA, Rosa (2012). "A dimensao urbano-regional na metropolizacao contemporânea". *EURE*, Santiago, n.115, pp. 5-31.
- MUÑOZ, Francesc (2008). *Urbanización. Paisajes comunes, lugares globales*. Barcelona, Editorial Gustavo Gili.
- MYRDAL, Gunnar (1957). *Economic Theory and Underdeveloped Regions*. Londres, Gerald Duckworth & Co.
- NAREDO, José Manuel (2006), *Raíces económicas del deterioro ecológico y social. Más allá de los dogmas*. Madrid, Siglo XXI de España Editores.
- NAVARRO, Vincent (2014). El porqué de las desigualdades: una critica del libro Thomas Piketty 'Capital in the twenty-first century'. <http://www.vnavarro.org/?p=10830>
- NUN, José (2001). *Marginalidad y exclusión social*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- OECD/CEPAL/CAF (2017) OCDE/CEPAL/CAF (2016), *Perspectivas económicas de América Latina 2017: juventud, competencias y emprendimiento*, OECD Publishing, Paris. <http://dx.doi.org/10.1787/leo-2017-es>
- PEDRAZZINI, Yves (2009). *Violences urbaines, violence de l'urbanisation et urbanisme de la peur: dialectique destructive de l'environnement construit*. Paris, Société Française des Architectes. https://moodle.epfl.ch/pluginfile.php/1544233/mod_resource/content/1/Urbanisme%20de%20la%20peur.pdf
- PEDRAZZINI, Yves (2005). *La violence des villes*. Paris, Enjeux Planète.
- PIKETTY, Thomas (2013). *Le capital au XXIe siècle*. Paris. Seuil.
- RIFKIN, Jeremy (1996). *El fin del trabajo. Nuevas tecnologías contra puestos de trabajo: el nacimiento de una nueva era*. Barcelona, Paidós.
- SASSEN, Saskia (1994). *Cities in a World Economy*. Londres, Pine Forge Press/Sage Publications.

- SCHWAB, Klaus (2016). *La cuarta revolución industrial*. Barcelona, Penguin Random House Grupo Editorial.
- SOJA, Edward W. (2008). *Postmetrópolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*. Madrid, Traficantes de Sueños.
- TAYLOR, Peter J. (2004) *World City Network. A Global Urban Analysis*. New York, Routledge.
- THEURILLAT, Thierry; Olivier CREVOISIER (2011). *Une approche territoriale de la financiarisation et des enjeux de la reconfiguration du système financier*. http://www.sciencespo.fr/coesionet/sites/default/files/financeTerritoire_Crevoisier%20def.pdf
- UN-HABITAT (2003). *The Challenge of Slums*. Londres, Earthscan Publications.
- WALLERSTEIN, Immanuel (1975). The Rise and Future Demise of the World Capitalist System: Concepts for Comparative Analysis. *Comparative Studies in Society and History*, v. 16, n. 4. sept., pp. 387-415.
- WACQUANT, Loïc (2001). *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Buenos Aires, Ediciones Manantial.
- WOLF, Martin (2017). Los desafíos de una economía incorpórea. *Diario Financiero*, Santiago, 29 noviembre.
- WORLD ECONOMIC FORUM. *The Financial Development Report 2012* <http://www.weforum.org/reports/financial-development-report-2012>.
- WORLD ECONOMIC FORUM (2018). *The Global Risks Report 2018*. <https://www.weforum.org/reports/the-global-risks-report-2018>



INSTITUTO DE ESTUDIOS URBANOS Y TERRITORIALES
FACULTAD DE ARQUITECTURA, DISEÑO Y ESTUDIOS URBANOS